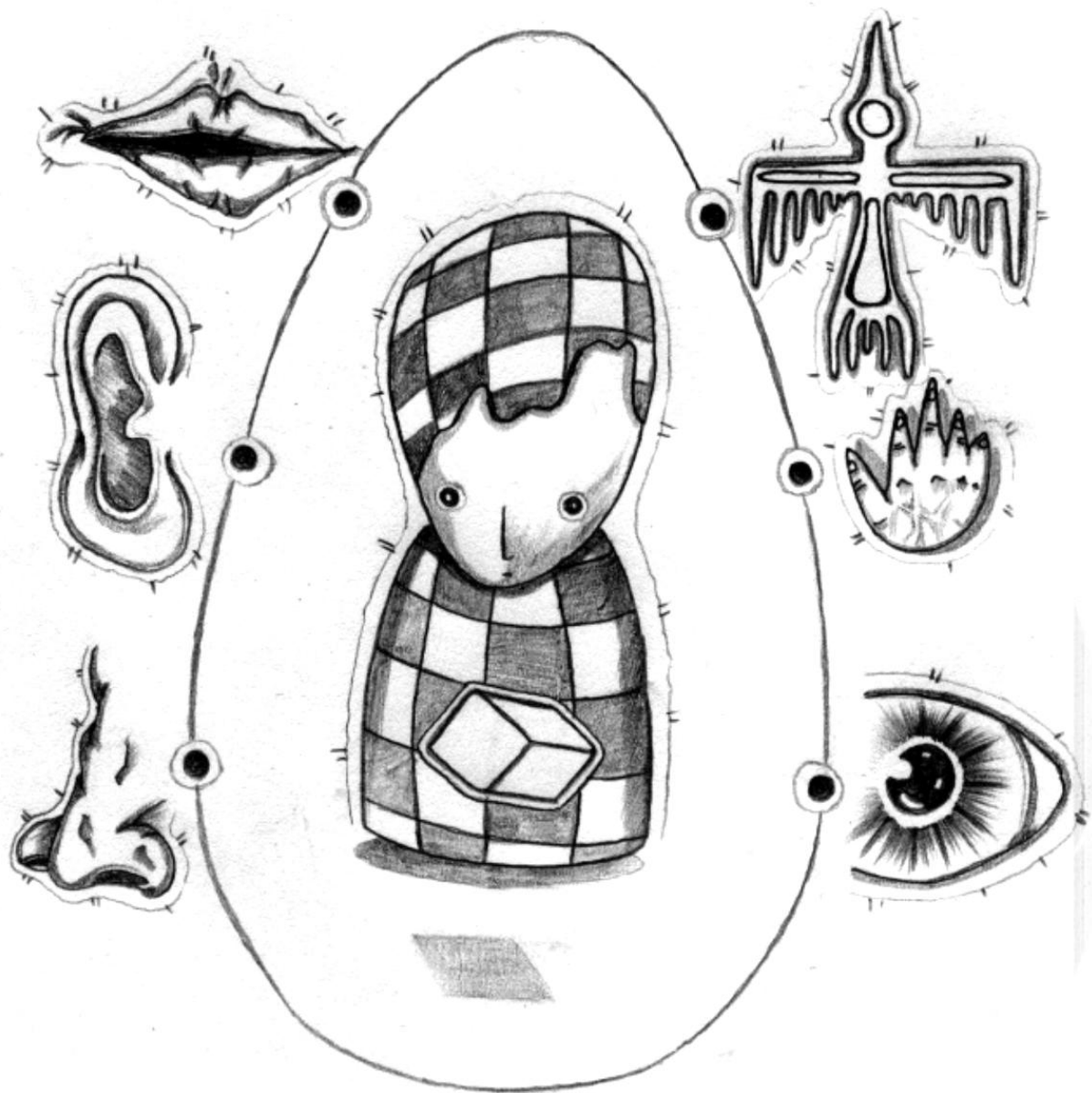




Las reglas de aquel juego que se disponía a ejecutar no contemplaban margen para la duda o la interpretación antojadiza. Eran instrucciones implacables, cada acción debería ser cumplida en el lapso de un día, un cuadro del calendario. La figura avanzaría con cada jornada si él cumplía con aquel pacto secreto que lo distanciaba de la propia voluntad y lo ponía en manos del azar como las velas de un barco.

El juego estaba pensado para ser jugado, no para lograr un fin.